

**INADAPTADOS SOCIALES**

# LOS PISOS DE LA GRAN PROMESA

**AURORA FERNANDEZ**

*En pleno Vallecas, Vizconde de Arleson se llama la calle, vive una familia como cualquier otra. Siete personas comparten una casa que les viene pequeña. La experiencia dura desde hace diez años, aunque algunos chicos han cambiado. Pero entre todos ellos hay algo que permanece: la esperanza.*

**E** S un tercer piso sin ascensor de un bloque de casas de ladrillo. A un minuto de la parada del autobús —me dijo Enrique el día anterior— y bastante alejado de la boca del Metro de Puente Vallecas. Los últimos peldaños de la escalera están llenos de tuestos, algunos con plantas muy crecidas, "son cosas de José".

Abre la puerta Enrique Martínez, treinta y tantos años —calculo—, barba rizada y algo canosa. Es psicólogo y tiene un acento gallego, de La Coruña, que le sale nada más saludarme. Lleva una pila de años "metido hasta el cuello", dice él, en este asunto de Promesa. Fue uno de los iniciadores del grupo y sabe bien de qué va. Me lo cuenta, a poco de entrar, a grandes rasgos. Habla de unos amigos, no necesariamente especializados, aunque haya algunos profesionales, que empezaron a trabajar un día empujados por una problemática: la de los niños inadaptados.

A partir de aquí, Enrique empieza a matizar y va describiendo, espacio y con precisión, una cortina. Tras ella aparecen familias demasiado numerosas, padres alcohólicos, niños que duermen bajo camiones, niñas que crecen en una esquina, escuelas inexistentes, maestros intransigentes, reformatorios y una cifra: más de 23.000 menores bajo tutela de los Tribunales.

Frente a este panorama nació Promesa. El pisito de Vizconde de

Arleson fue el pionero. Con esfuerzo y sin apresuramiento surgieron cinco más en Madrid y uno en Bilbao. El grupo trabaja en la puesta a punto de otro más en Madrid, pero la tarea no es fácil. No sólo necesitan medios económicos, lo fundamental es encontrar personas capaces de llevar a cabo la experiencia. Las perras no son tan importantes como la madurez, la experiencia y, sobre todo, la paciencia.

Estos ingredientes, de los que tan escasos andan en algunas familias, y otros que sugiere la práctica son los que facilitan la convivencia entre las siete personas que comparten la casa de Vallecas. Además de Enrique está Pepi, una catalana que se encarga de que la comida esté a punto cada día y de muchos detalles más, y los chicos: José Ángel, Jesús, Quique, Leo y Manolo.

Enrique se muestra reacio a hablar sobre la vida en el piso. De fiende a toda costa la intimidad de su familia. No obstante, hablamos largo sobre las circunstancias que han configurado el ambiente donde han crecido estos chavales, que, uno tras otro, vuelven ahora del colegio y golpean, tímidamente, la puerta del despacho donde estamos.

## En la delincuencia también hay clases

Cada uno ha llegado allí desde un lugar diferente. Algunos han

sido enviados por asistentes sociales, otros provienen de colegios dependientes de la Obra de Protección de Menores, de reformatorios, de la calle, de padras desesperados... Pero la diferencia del origen es lo de menos. En cualquier caso, ha habido unas constantes, las mismas que han condicionado a esos 23.000 que mencionaba antes.

"Nacen en un contexto conflictivo", asegura Enrique, y aclara que la mayoría de los casos se producen entre la clase humilde, bien sea de barrios populosos o de pueblos atrasados. Rara vez se ha cruzado con niños deteriorados que pertenecieran a familias pudientes. La razón es que, cuando hay dinero, las cosas se arreglan de otra manera, sin que trasciendan.

En la delincuencia también hay clases. Las pruebas estadísticas realizadas lo confirman. De 1.200 jóvenes de la prisión de Madrid, el 60 por 100 de los encuestados procedía de barrios suburbanos. Es una consecuencia lógica y el psicólogo que hay en Enrique la analiza: "Estos niños realizan un aprendizaje destructor". Es decir, que el proceso que ha seguido cualquiera de estos Quiques o Leos durante sus primeros años se asienta sobre un contexto cargado de violencia, ya sea física o psíquica; unas veces descarada y otras más sutil.

En el libro "La delincuencia juvenil a lo claro" se recoge un informe del grupo Promesa donde se declara: "De los niños que han pasado por los hogares privados del grupo Promesa de Madrid, durante los años 1971-78, el 30 por ciento aproximadamente habían sido torturados por sus padres. Por ejemplo: seis meses atado a una cama a oscuras (niño de once años); tres meses atado a un árbol (once años); punciones con tijeras; asfixia con una goma de butano atada al cuello, hasta perder el conocimiento, etc."

La sutil está ejercida por otras manos que no son las paternas. La produce la especulación del suelo, que hace que el 52 por ciento de la población esté mal alojada. Esta violencia del espacio, o más bien del no-espacio es sufrida por los niños, no sólo en sus casas, o en sus no-casas, también en las escuelas, o mejor, en las no-escuelas. Encuentro una encuesta realizada a marginados extremos, en la que se demuestra que el 42 por 100 son analfabetos y otro 26 por 100 posee conocimientos muy elementales.

Para rematar el proceso de

aprendizaje está la televisión. Hace poco recordaban los periódicos el caso de Ronney Zamora, un muchacho norteamericano de quince años, que cometió un asesinato, impulsado por la violencia que a diario contemplaba en los seriales. El cine también aporta su granito, y para que nada ni nadie quede al margen, algunos psicólogos americanos y europeos han comprobado que "el medio urbano favorece las enfermedades físicas y psíquicas".

Una vez asimiladas estas influencias, ya está concluido el producto: un niño asocial, malformado, que resultará molesto para los demás. En medio de la exposición del problema, Enrique se detiene y ata cabos. Está acostumbrado a enfrentarse con los escépticos que siempre repiten la misma pregunta: "¿Por qué no todos los niños que soportan las mismas circunstancias son delincuentes?". A continuación añaden el cuanto de la oveja negra, porque, ya se sabe, no todos somos iguales.

## Nadie tiene el demonio en el cuerpo

A esta cuestión su respuesta es rotunda: "Efectivamente, no todos somos iguales. Algunos tienen más sensibilidad que otros, captan mejor el conflicto, pero no por ello son enfermos o tienen taras mentales. Esa misma sensibilidad, desarrollada en un ambiente favorable, daría lugar quizá a grandes artistas. Pero si el contexto es hostil, se manifiesta de forma más violenta que otra menos agudizada".

Enrique no cree que la maldad se lleve en los genes. Tiene la oportunidad de comprobarlo cada día, en el roce continuo con los niños —no tan niños— que viven con él. Ha demostrado más de una vez que nadie tiene el demonio en el cuerpo, que ningún niño es perverso, aunque haya tenido muchos fallos.

"Lo que ocurre es que para demostrarlo hay que salir de detrás de la mesa del despacho, del estrado y meterse de lleno en la vida de cada niño". Sin embargo, el mecanismo que sigue la sociedad es diferente. En cuanto se manifiesta el conflicto, toma precauciones y coloca al inadaptado una etiqueta, para después poder utilizarlo a su gusto. "No, dudo que la finalidad de esta sociedad al formalizarlos como enfermos o delincuentes es ayudarlos, pero ocurre un proceso muy curioso. Tomemos el caso de un ciudadano que, al salir de su casa, ve a un chaval intentando robarle el coche. Llega a tiempo de impedirlo y consigue agarrar al muchachillo. Seguramente lo llevará a la Comi-





## LOS PISOS DE LA GRAN PROMESA

sarfa, y si alguien le pregunta por qué lo hace, asegurará que es por el bien del niño, para que sea llevado a un centro donde le eduquen correctamente. Sin embargo, si en vez de su coche ve que están robando el del vecino, probablemente cambiará la mirada y preferirá no meterse en ellos".

El ejemplo es muy gráfico, y con él Enrique Martínez quiere aclarar el proceso que se desarrolla en cada individuo y que se compone de tres factores: los instintos, los sentimientos y el pensamiento. "Transformamos en racional y humanitario nuestros propios instintos". De esta forma, lo que era un instinto de defensa provoca una acción altruista, basada en una idea de deber ciudadano; e incluso va acompañada de una intención caritativa.

Con esta intención caritativa algunos muchachos son enviados a manicomios o a centros de deficientes, zanjando así los conflictos que plantean en sus respectivos ambientes. Algunos de los que han pasado por el piso de Vizconde de Arleson fueron diagnosticados como subnormales o enfermos mentales en los centros donde estuvieron anteriormente.

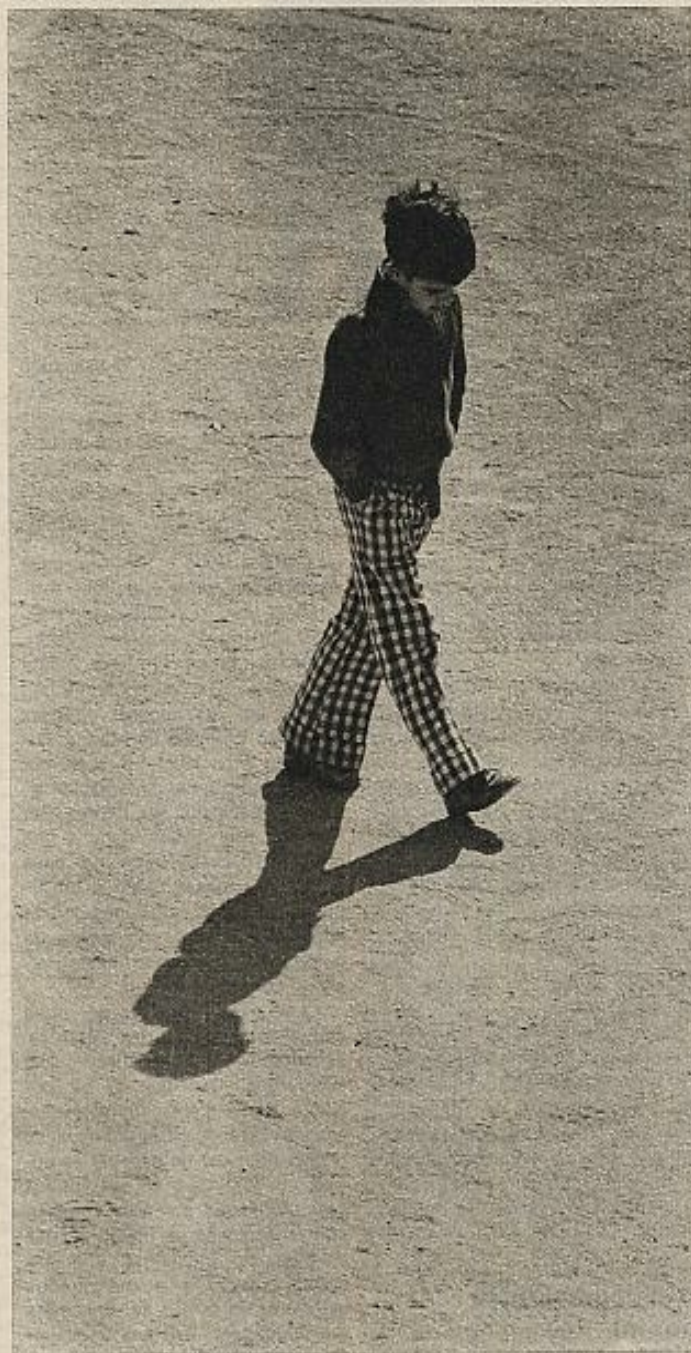
Enrique explica así el recorrido: "Primero es la familia la que intenta corregir el problema. Ensayan diferentes métodos, en el mejor de los casos, y si ninguno da resultado, acaba perdiendo la seguridad inicial que tenía en sí misma. Como segunda solución entrega al niño a un colegio, con la confianza puesta en las disciplinas de los profesores, los cuales inician el tratamiento con gran energía y seguridad. Si al cabo de un tiempo, corto casi siempre, no se producen mejoras, los educadores creen que no hay nada que hacer y su fracaso es asimilado por el niño. Como último recurso, es llevado a un reformatorio, donde acaba de convertirse en un completo inadaptado. Es decir, que las diferentes instituciones enseñan, una tras otra, al niño cómo se fracasa, hasta que lo convierten en un delincuente público".

Este niño, de trece o catorce años, que tal vez ha pasado más de la mitad de su vida entre "manos duras", que le enviaban de un lugar a otro para recibir cada vez tratos más inhumanos, adquiere un temperamento muy peculiar. Se vuelve desconfiado, ya que hasta ese momento ningún intento de recuperación ha sido fructífero. Al mismo tiempo tiene un sentimiento de inestabilidad, debido a los continuos cambios a que se ha visto sometido. Como consecuencia manifiesta una gran agresividad, para contrarrestar la inseguridad que tenía desde el

principio y que, a fuerza de fracasos, se acrecienta.

### Remediar a tiempo

Este niño, de trece o catorce años, acumula experiencias que no sólo no le favorecen, sino que, por el contrario, le hundan más en esa fosa de la que, al cabo de un par de años, ya será casi imposible salir. "Prefiero tener en mi casa a cincuenta niños que estén empezando —asegura Enrique— antes que a un niño que ya está totalmente deteriorado". Por este motivo, el afán de Promesa está dirigido a remediar el problema cuando se está a tiempo.



En España hay un motivo oficial de esperanza: la elaboración de la nueva Ley de Menores.

Con absoluta independencia de órganos oficiales, este grupo tiene muy claro que los niños inadaptados no pueden seguir siendo observados desde un Tribunal, sino que hay que ir a donde ellos viven su realidad: a la calle. De ahí la independencia, aunque mantengan las relaciones obligadas por las leyes.

Tampoco existe ninguna institucionalidad ni jerarquía. Enrique dice que no les gusta caer en la rutina y prefieren ir actuando según vaya surgiendo. Se ponen en contacto a menudo, aunque no con fechas concertadas de antemano. Son unas cincuenta personas, más o menos, y sin embargo

no hay nadie que dirija. A pesar de esta "desorganización", ahí quedan diez años repletos de trabajo y más de un chaval recuperado.

El método es, se ve a la primera, completamente opuesto al tradicional. La mano dura es reemplazada por la comprensión. En vez de palizas se utiliza la palabra o tal vez el silencio, depende del caso. No hay actitudes prefijadas —"estos chicos me han hecho de chicle", dice Enrique, con una sonrisa de lo más satisfecho—. Los recios educadores, enfundados en rígidos uniformes, han sido sustituidos por chicas como Pepi, que le va el rollo de El Gayo Vallecano, o como Adela, que ayuda a los más pequeños con la tarea del "cole".

Los rezos interminables que servían —decían las monjas— para implorar la misericordia de Dios ya no son obligatorios, y en vez de pasar horas de rodillas, los mayores oyen a Ramoncín, sin que nadie se escandalice. Y sobre todo, la comida no es de rancho y los viejos muros del reformatorio nada tienen que ver con este bloque de portero automático.

Enrique utiliza el método sorpresivo. Los muchachos que llegan al piso vienen de vuelta de casi todo y conocen muy bien los trucos que los educadores anteriores han ensayado con ellos. Detectan la rigidez en la mirada, la falsa amistad de las palmadas en la espalda. Adivinan cuándo les van a sonreír paternalistamente. Por eso el único camino para que duren los primeros cuatro días sin escaparse es mantenerlos a la expectativa. Sorprenderlos con lo inesperado, y para lograrlo, hay que estar muy pendientes de cómo reacciona cada uno ante cualquier detalle.

Me cuenta la anécdota de un niño que le trajeron al piso como última solución. Se había fugado incontables veces de todos los lugares donde había estado. Cuando llegó a la casa pensaba hacer lo mismo; entonces, a Enrique no se le ocurrió otra cosa que prepararle la fuga. Entre él y los demás chicos montaron un complicado plan por el cual el otro se veía casi en la obligación de escaparse. Sin embargo, no lo hizo, a pesar de que la trama duró unos cuantos días.

"Si un chico aguanta los cuatro primeros días, hay margen para creer que se quedará al menos diez, y durante esos diez —afirma— hay que conseguir una nueva relación que le guste lo suficiente como para que se quede unos meses, y así siempre".

¿Cómo se consigue esta nueva relación? Aquí está el meollo del asunto. Partiendo de que lo que





La mayoría de los casos se producen entre la clase humilde, bien sea de barrios populosos o de pueblos atesados.

se ha deteriorado en el niño es su capacidad de relación social, lo que hay que conseguir es devolverle esta capacidad. Aun siendo psicólogo, Enrique saca a colación los modernos métodos que utiliza la sociedad para descargarse de culpas y quedar a salvo de toda crítica. Se refiere a la tecnificación. Le aterra este mecanismo de defensa basado en el progreso y el dinero. Mientras más poderosas son las sociedades, más especialistas surgen para proporcionar a los seres inadaptables complicadas máquinas o esquemáticas baterías de "tests". Un chico le dijo una vez que prefería a un carcelero, por bruto que fuera, antes que a un médico. Con el carcelero podía defenderse a puñetazos, pero no podía hacer nada contra un "electroshock".

### Devolverles la confianza

Su opinión es que, generalmente, estos métodos rápidos y técnicos no logran buenos resultados, con lo cual la sociedad corrobora su tesis de que "el que sale raro...". Sin embargo, los que trabajan en Promesa están convencidos de que lo que necesita un niño deteriorado no es una pastilla, sino que le devuelvan lo que le han quitado: la confianza en sí

mismo, la de los otros, la seguridad o una familia donde vivir.

Para devolver todo esto, que no es poco, es necesario hacer un análisis —relacional lo llama Enrique— de todos los factores que influyen o han influido en la formación del chico. No se trata de buscar culpables, puesto que nadie es la víctima o el verdugo absoluto. Simplemente hay que tratar de que los elementos que conforman la vida del niño encajen armoniosamente. Para ello hay que modificar las relaciones entre ellos, pero sin cambiar la realidad donde se desenvuelven.

Para esta modificación se necesita un agente externo que mantenga la expectativa entre los diferentes cabos. Aquí está el papel de Promesa. Son como el suavizador entre dos engranajes. La tarea se complica, porque en cada relación hay más de dos y todos deben acercarse al mismo tiempo. Si se deja a uno sin aceite, su presión hace desviar a todos los demás y el invento se va al traste.

Es un papel de intermediario, en el buen sentido de la palabra, encargado de crear una nueva relación basada en la esperanza. En la esperanza que tiene cada elemento —cada persona, que es el único elemento que espera— en encajar mejor con los otros. Lo difícil no es crear esta esperanza, sino mantenerla en todos al mis-

mo tiempo. Parece un juego de malabares, pero aquí no hay bolos, sino hombres.

El esfuerzo —que no es un sacrificio, se apresura Enrique a aclarar— que este papel requiere está dirigido hacia un objetivo prioritario: que el niño recupere su sociabilidad, es decir, su capacidad de relación, la cual ha sido deteriorada por la sociedad. Esta recuperación no se hace pensando en dicha sociedad, sino ante todo en el niño mismo. Que se recupere para él y a partir de ahí podrá pensar en su reinserción. Pero, ¿dónde debe reinserirse?, ¿en esa misma sociedad que le ha marginado? No se puede pretender que un chaval, al abandonar el piso, desee volver a sufrir de nuevo las mismas presiones que le produjeron la Inadaptación. Los de Promesa no intentan que estos chicos sean útiles al sistema establecido por el hecho de que sean hijos de él. La solución, a su juicio, no es adaptar lo nuevo a los viejos moldes, sino crear moldes nuevos, o mejor, algo nuevo sin moldes. Y están convencidos de que no es una utopía.

Mientras tanto, continúan su trabajo en este piso de Vallecas y en los otros seis, pronto siete. Para ampliar su radio de acción han organizado una escuela de educadores especializados. Y lo más importante es que no están

solos. En el barrio de Aluche, una educadora, María del Carmen Aguirre, lleva a cabo una tarea similar. En Barcelona, el Ayuntamiento ha creado colectivos infantiles en los barrios y ha dado carrozajo a los internados. En Francia, Deligny continúa adelante a pesar de sus fracasos, y desparramados intentos surgen en otros países.

En España hay un motivo oficial de esperanza: la elaboración de la nueva Ley de Menores. Puede suponer un gran paso adelante, pero al fin y al cabo no es más que un parche a la situación. Como dice Enrique: "Las leyes no son más que medios que utiliza la sociedad para defenderse".

Cuando terminamos la charla es más de media tarde. En la sala, Manolo hace sumas en silencio y Jesús habla denominadores comunes a unos antipáticos quebrados. En la habitación de al lado, José Angel y un amigo oyen música. Leo aprovecha que yo me voy para hablar un momento con Enrique. Al salir veo de nuevo las plantas en los peldaños de la escalera —"cosas de José"—. ¿Quién tiene que defenderse de quién? ■ A. F.

### BIBLIOGRAFIA

"La delincuencia juvenil a lo claro". Editorial Popular, S. A. Madrid, 1978.  
"Los vagabundos eficaces". Deligny. Editorial Estela.